Huracán

Por El Charro negro

Ya no recuerdo las veces que he estado en la dirección de mi escuela. Creo que saben perfectamente que estar contenido dentro de cuatro paredes, sin hacer nada y sentado en un sillón; es para mí, el peor de los castigos. Muevo incesantemente mi pie, la pluma que sostiene mi mano cobra vida con su repetido movimiento, golpeando una y otra vez el descansabrazos que tiene este sillón rojo, prisión solemne y confortable. En otra sala están mis padres, a través del vidrio veo sus rostros, mal encarados, exhaustos y desafiantes; también veo el rostro del psicólogo, mi maestra y la directora del otro lado del escritorio.

Imagino que libran otra vez una batalla. De un lado del escritorio quien busca sacarme de la escuela y del otro mis padres que buscan que me quede. Yo todavía no alcanzo a comprender del todo lo que pasa, y a veces no me interesa, bueno no a veces, creo que la mayoría del tiempo no me interesa lo que discutan por mí. Creo que he llegado a acostumbrarme

Trato de ser, como quieren que sea, trato de encajar en el chico bien portado que todos esperan. Ya llevo un año sin medicar. Lo hice por iniciativa propia. El déficit de atención es algo grande. Es un huracán que se forma en el interior de quienes lo tenemos. Este se encuentra la mayor parte del tiempo mar adentro, contenido, como en este viejo sillón rojo donde estoy. Así sin dañar a nadie solo revolviéndose en un mar que fuera de él se encuentra en calma. Lo malo es que a veces el huracán avanza y llega a tocar tierra y su fuerza se lleva por los aires a quien este adentro. El Huracán no tiene sentimiento, arrasa sin ver a quién, destruye, agita, a veces abre brecha en donde ya había caminos, y todos a su paso sienten su presencia sin dudarlo. El huracán no tiene ojos, no es selectivo, pero tiene una necesidad natural e imperiosa de revolverse con la mayor de sus fuerzas sin importar quién este a su paso, aunque sea solo unos segundos.

Hoy cometí lo que no debí haber hecho, ya me lo habían advertido, una más y me tendría que ir de la escuela, Solo que no lo pensé, me es imposible serenarme cuando veo una injusticia, solo actúo, creo que así lo dice mi diagnostico "*Déficit de atención e Hiperactividad..*" solo que en mi caso particular le agregan "*Impulsividad".* Soy impulsivo, ese es mi talón de Aquiles, de repente me encuentro ya destruyendo todo lo que está a mi paso, la gran mayoría de las veces sin quererlo, sin saber porque lo hago, solo pasa.

Recuerdo solo el momento en que Eduardo estiro del cabello a mi mejor amiga Sabina, lo que paso entre ese momento y en el que vi a Eduardo tirado en el piso, con su mano sobre su ojo; no lo recuerdo. Fue el huracán, ese que había podido mantener en medio de los mares, llego a esta tierra escolar, solo con el pensamiento viajo y se apareció así, sin pena, demandando lo que quiere, imponiendo condiciones, exponiéndome ante una sociedad que no acaba de comprenderme.

Y lo que sigue a eso es una tristeza infinita, inexplicable, una devaluación a mi persona instantánea. Hacer las cosas sin pensarlo me han puesto en este sillón innumerables veces y por lo menos en esta escuela, les puedo asegurar que ya es la última.

Mis padres siguen con un alegato interminable, y sin saber lo que dicen se lo que está pasando, adentro les informan de mi baja y como alguien que se hunde en medio de la tormenta que formo el huracán, dan los últimos manotazos tratando de mantenerme a flote, de mantenerme vivo; pero mis minutos en esta escuela están contados.

Quisiera que vivieran mi vida solo un día, solo uno, en ese día podrían ver que lo que tengo es avasallador aunque no se vea. Aunque solo tenga una válvula de escape con el ruido perene de un lápiz golpeando un pupitre o con el movimiento de mi pie interminable que a veces taladra los oídos de los profesores, o con mi incesante ir y venir de un lado a otro del salón, cuando todos, todos los días, me dicen que debo estar quieto, callado, y en mi lugar, Me gustaría que fueran yo cuando está el huracán en mí, cuando me siento en medio de su ojo, y me encuentro fuera de la realizad destructora de las orillas del Huracán, cuando me desconecto, cuando la introspectiva aparece, cuando me veo como un espectador más parado al centro de la calma, mientras todo vuela por los cielos y es lanzado por los aires.

Si estuvieran en mí solo ese preciso instante, no hubiera necesidad de las miles de palabras de disculpas, explicaciones y promesas.

En estos momentos me siento solo, ya con una inconmensurable tristeza invadiendo mi alma, con ganas de dejar todo atrás, con ganas de terminar esto de una vez, con ganas de quitarme esta vergüenza con mis padres, con los padres de Lalo, con el mundo, con esta culpabilidad que se encumbra en la más alta de mis torres y hace sombra a mi vida.

Salgo de la dirección, la discusión permite que nadie me vea, camino hacia el patio, con las manos en los bolsillos, veo el edificio de aulas de tres pisos; imagino que es mi torre, esa alta que hace sombra a mi vida. Subo las escaleras, llego al

tercer piso, llego hasta la orilla colindante, subo por el barandal y logro llegar hasta la azotea del edificio. Todo y todos se ven pequeños desde ahí. Sería un buen lugar para acabar con todo, para acabar con la infinita tristeza que llega a mi vida cuando pasa el Huracán.

Pongo mis pies a la orilla, dejo que el viento toque mi rostro, las sensaciones de mi cuerpo aumentan, todo lo percibo, incluso el respirar de alguien que esta tras de mí.

- Ángel.. me dice despacio Lalo
  No se te ocurra lanzarte, no pasa nada, discúlpame fue mi culpa. Yo inicie todo, hablare con tus padres y mis padres.

Extiende su mano para que yo la tome, eso hago y la impulsividad que en otras ocasiones me habían puesto en problemas ahora me pone a salvo.

Bajamos despacio y caminamos sin hablar por las escaleras hasta el patio de la escuela. Los adultos siguen con su discusión, nuestros padres están ya enfrascados en un cruce de palabras más intenso. Lalo y yo los vemos callados desde el patio, nos miramos uno a otro y regresamos la vista a la sala de la dirección.

¿Qué pasara con mi vida? ¿Que pasara con esta enésima escuela a la que voy? No lo sé. Lo que sí sé, es que la mano que me tendió Lalo ese día me salvo; no solo de la muerte, si no de la vida, aunque sea un instante la mar vuelve a estar en calma, gracias a esas pocas palabras en donde encontré la empatía genuina que no encuentro en un montón de gente especializada en atenderme.

Probablemente los días próximos estaré en otra escuela, pero a partir de mañana hare valer la fe que puso en mi Lalo y creo que tal vez la vida, habrá que afrontarla como venga y habrá que hacer valerla.